

Qué! ¿aquellas otras personas tan inmortificadas, que, bajo un exterior de piedad, en el propio estado de penitencia, buscan acaso todas sus comodidades; que á los ojos de Dios puede ser no tengan del verdadero penitente mas que la indispensable obligacion de serlo; esas personas que no reconocen otra regla que la del amor propio, habrán hecho penitencia? y si no llevan una vida mas penitente, ¿en qué principios, contra la palabra expresa del mismo Jesucristo, fundarán la esperanza de su salvacion?

¿Pero no me hallaré yo por ventura en el caso? Estoy seguro de que he pecado; ¿mas estoy igualmente seguro de que he hecho penitencia? ¿Siguióse á esa verdadera contricion la fuga de las ocasiones, la reformation de las costumbres, la modestia en el vestido, y en fin dignos frutos de penitencia?

¿Mi Dios, cuánto tengo que reprenderme! y ¿cómo sufriré algun dia los cargos que vos me haréis si desde hoy no comienzo á hacer penitencia? Veo la precision, conozco la necesidad indispensable; todo lo arriesgo, si la difiero; mas aunque supiera que habia de morir dentro de veinte y cuatro horas, quiero tener el consuelo de haber comenzado.

JACULATORIAS.

Recogitabo tibi omnes annos meos in amaritudine animæ meæ. Isai. 38.

Señor, de hoy en adelante repasaré delante de tí mi mala vida en la amargura de mi corazon.

Quis dabit oculis meis fontem lacrymarum, et plorabo die ac nocte? Jerem. 9.

¿Quién dará, Señor, á mis ojos una fuente de lágrimas para llorar dia y noche mis maldades?

PROPOSITOS.

1. Pocos hay que no digan, y menos hay aun que no tengan razones para creer que son grandes pecadores; pero ¿dónde está la penitencia? Esta confesion estéril solo sirve para aumentar mas el cargo. ¿De qué sirve confesarse pecador, si no se hace uno penitente? No hay que disculparse con la poca edad, con la delicadeza de la complexion, ni mucho menos con los empleos, con el estado, con la calidad. ¿Pecaste? pues sin penitencia no hay para tí salvacion. Fuera de la penitencia interior, que se pasa en la amargura del corazon, es necesaria otra penitencia exterior que mortifique el cuerpo y que le humille. Comienza por las penitencias que son de precepto: abstinencias de obligacion, ayunos de la Iglesia, son leyes de que no te puedes dispensar con vanos pretextos. ¿Qué desorden no se ve el dia de hoy en este particular! Parece que estos preceptos solamente se hicieron para los claustros, ó para la gente pobre. ¿Es una persona noble? ¿es rica? pues nunca tiene bastante salud para comer de vigilia, ó para ayunar; es preciso que se la dispense. Pero ¿aprobara Dios todas estas dispensaciones? Examina lo que has faltado en este punto; guárdate bien de permitir que los que están á tu cargo se dispensen sin grave y sin notorio motivo, porque te harás reo de su pecado.

2. No te contentes con las penitencias comunes de que ningun cristiano puede lícitamente dispensarse, no ocurriendo grave causa para ello; hay otras particulares que quizá no te serán menos necesarias respecto de tus necesidades espirituales. La vista sola, solo el nombre de instrumentos de penitencia aterra frecuentemente á muchas personas á quienes no aterran las mayores maldades. Bien se les pudiera preguntar á muchos, si el número y la enorme gravedad

de las culpas dispensa de este género de penitencias; porque es cosa que llama la admiracion la novedad que les causa, cuando un confesor celoso, al oír sus enormísimas culpas, tiene valor para imponérselas. ¡Cosa asombrosa! un jóven, una doncella tierna, dejan el mundo aun antes de haberle conocido, y van á conservar su primera inocencia entre los rigores de la penitencia mas austera, mientras aquel otro hermano suyo disoluto, aquella otra hermana desenvuelta, viven entregados al desórden sin querer ni aun oír hablar de penitencia ni de mortificacion. ¿Será semejante la suerte eterna de unos y de otros? Consulta cuanto antes con tu director lo que debes observar en este punto; no des oídos á tu delicadeza, sino á tu religion, á tu conciencia y tu necesidad. Si te conservas todavia en la inocencia bautismal, la penitencia es como la sal, que preserva de la corrupcion; si pecaste, no hay otro contraveneno que la penitencia.

DIA QUINCE.

SAN FAUSTINO Y SAN JOVITA, HERMANOS, MÁRTIRES.

San Faustino y san Jovita, hermanos, nacieron de una ilustre familia en Brescia, ciudad de Lombardia. Es probable que sus padres fueron cristianos; lo cierto es que los dos santos hermanos desde su juventud eran muy venerados de los fieles, así por su vida ejemplar como por el celo que mostraban por la religion. Pocos hermanos se han visto mas unidos en dictámenes y en inclinaciones; sus corazones miraban á un mismo objeto, porque sus entendimientos se gobernaban por unos mismos principios. El Espíritu de Dios que los animaba, les quitaba el gusto á todo, menos á ejer-

citarse perpetuamente en santas obras; esta era toda su diversion y todo su consuelo. Ocupábanse en visitar á los fieles que estaban ocultos por miedo de la persecucion; alentaban á unos, consolaban á otros, y hacian bien á todos.

Llegó á noticia de Apolonio, obispo de Brescia, que estaba escondido en un desierto vecino durante aquella terrible tempestad, el valor y celo con que los dos santos hermanos se empleaban en las referidas obras de caridad. Quiso verlos; y habiendo hallado en ellos aun mas virtud y mas mérito de lo que publicaba la fama, creyó que no podia hacer á su iglesia mayor servicio, que elevarlos al ministerio de los altares, confiriéndoles los órdenes sagrados. Dispusiéronse para recibirlos con aquel fervor que merecen las gracias y los dones que acompañan al sacerdocio, en cuyo digno espíritu se imbuyeron. Faustino, que era el mayor, fué ordenado de presbítero, y Jovita de diácono. Salieron de su retiro los dos nuevos ministros de Jesucristo, como los apóstoles salieron del cenáculo, llenos del Espíritu Santo, y animados de aquel fervoroso celo que en poco tiempo hizo maravillosas conquistas, convirtiendo gran numero de gentiles.

La mayor autoridad que les daba el nuevo carácter aumentó tambien su fervor. Predicaban con tanto mayor aliento, cuanta era mas grande su reputacion, adelantándose esta á ganarles las voluntades, y á rendirles los entendimientos, de manera que apenas habia quien pudiese resistirse á su celo.

Al eco de las maravillas que obraban los dos nuevos apóstoles, concurrían los pueblos vecinos, acudiendo en tropas á oír á estos oráculos. Los gentiles detestaban la supersticion, y hacian pedazos los ídolos. Vióse mudado el semblante de la ciudad, siendo cristianos casi todos sus habitantes.

Á vista de tantas conversiones no podia dejar de